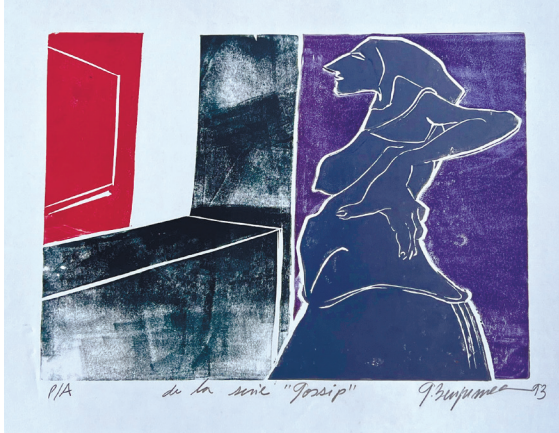


Una nueva gramática

John Galán Casanova



Álvaro Agudelo, Sin título, grabado, 1993, P/A, Fondo Hernando Guerrero, Colección de Grabado, MUUA.

28

El año pasado [se refiere a 1997], en una de sus esporádicas intervenciones desde la Universidad de Guadalajara, en México, García Márquez lanzó al mundo hispano la propuesta de suprimir algunas letras del alfabeto con el propósito de unificar y simplificar la escritura. Entre otras cosas, proponía unificar el uso de la “b” y la “v”, remplazar la “g” por la “j” en los casos en que sonara como esta última y recomendaba desaparecer la humilde “h”.

Los cables internacionales se encargaron de transmitir la noticia como chiva de la semana: García Márquez pretendía recortarle unas teclas de sobra a nuestro querido idioma. Muchos picaron el anzuelo del travieso patriarca: noticieros, prensa escrita, columnistas que quisieron ensayar cómo quedaría la lengua aplicándole la tijera de Gabo: “boy a escribir este artículo sigiendo las normas que se impondrían para el castellano si ocurriera el milagro de que la Real

Academia aceptara las sugerencias –afirmó Éctor Abad F, en *Cromos*–. Aunque se bea raro, será mejor que nos bayamos acostumbrando, por si el milagro se produce”.¹

El milagro no se produjo. A la semana siguiente nadie volvió a retomar el asunto: Éctor Abad firmó de nuevo Héctor y en la cuadrilla de correctores de pruebas de García Márquez respiraron tranquilos pues no habría necesidad de aplicar o memorizar ninguna nueva norma lingüística para futuras ediciones de *Cien años de soledad*.

Traigo a cuento lo anterior pensando en “La gramática y la revolución”, uno de tantos polémicos e interesantes artículos escritos por Luis Tejada a comienzos de los años 20 en *El Espectador*. En este texto, creado para responder a las quejas de Marco Fidel Suárez sobre la falta de gramaticalidad en los jóvenes, Tejada aprovechó para presentar sus opiniones acerca de la juventud y la literatura colombianas del momento, y acerca de los nexos que veía entre la revolución social y la subversión de la gramática:

No puede eliminar la gramática una generación que no tiene ideas nuevas, ni experimenta sensaciones nuevas; porque toda conjunción imprevista de palabras, que se salga de los moldes gramaticales, significa la existencia de una idea nueva, o al menos, acusa una percepción original de la vida, de las cosas. Por eso en las épocas de intensa agitación espiritual, en los momentos de revolución, cuando todo se subvierte o se destruye, la gramática salta hecha pedazos, junto con las instituciones milenarias.²

Según se desprende de las afirmaciones del joven cronista antioqueño, muerto antes de cumplir los 27 años, para llegar a transformar y trastocar la gramática de una lengua se requiere algo más que ligeros devaneos reformistas. Hace falta estar en pugna, fraguar una revuelta contra el lenguaje establecido, volverse contra él, burlarlo, dislocarlo. Así lo sentía Tejada, y para corroborar su opinión citaba un ejemplo que por su actualidad tenía que resultarle muy sugestivo: el de los poetas futuristas rusos (Blok, Esénin, Mayakovsky), los cuales, sostenía el cronista, habían “eliminado totalmente la ortografía clásica y la gramática de la época zarista”.

Contemporáneo de los movimientos de vanguardia europeos, y partícipe distante de su espíritu iconoclasta y renovador, Tejada emprendió en Colombia una labor de revaluación crítica que puso en entredicho a varias de quienes se consideraban como las máximas autoridades literarias del momento: Marco Fidel Suárez, Antonio Gómez Restrepo, Guillermo Valencia, Tomás Rueda Vargas. De este conjunto no se salvó ni siquiera Rubén Darío, padre del modernismo, a quien Tejada terminó despachando con un rotundo “que en paz descanse”.³

Así mismo, Tejada estuvo a la cabeza de esa breve aventura que llevaron a cabo Los Arquilókidas (1922), en cuyos manifiestos execraron, entre otros, a los veteranos académicos de la lengua: “Tiene esta solicitud el objeto de conocer los nombres de los individuos que componen ese asilo de inválidos mentales, muchos de los cuales serán empalados y estrangulados sin misericordia”.⁴

¿Qué pasó con estos amagos iconoclastas?
¿Por qué no se concretó aquí un vigoroso

movimiento de vanguardia, como sucedió en otros países latinoamericanos? Podría repetirse lo ya dicho: la rebelión artística se esfumó junto con las intenciones de emprender la revolución social. Tarde o temprano, Los Arquilókidas entrarían a usufructuar el poder que habían cuestionado; igual ocurrió con Los Nuevos: todos fueron entrando en la yunta, excepción hecha de Vidales, Zalamea, Rendón y De Greiff. Como afirma uno de los biógrafos de Tejada, “todo aquello fue una obsesión transitoria por cuestionar un orden moral que asfixiaba su también pasajero afán de innovación. Después vendría la claudicación, es decir, la aceptación del mundo ético que habían rechazado”.⁵

Debido a su temprana desaparición en 1924, este fue un asunto que Tejada no llegó a presenciar. No obstante, la profundidad de su crítica crónica, sumada al aura de leyenda que queda flotando tras cada muerte juvenil, hacen que hoy en día su lectura nos resulte una estimulante y provocadora lección de anticonformismo. En un texto de 1920, escrito para responder a su colega Luis Bernal –seudónimo de José Rafael Muñoz–, quien le reprochaba su “insuperable afán de contradecir”, Tejada justifica la necesidad de su carácter rebelde:

Una generación no empieza a ser ella misma, no se constituye en entidad independiente y creadora sino cuando encuentra deficiente, inadecuado y controvertible lo que realizó la generación anterior. Bien sé que nosotros no obramos así, aquí, en esta tierra quieta y fetichista: eso da la medida de nuestra incapacidad creadora y de nuestro ínfimo espíritu de contradicción.⁶

Pese a que este año [1989] se cumple un siglo del nacimiento de Tejada, en esta oportunidad las entidades culturales no se han precipitado a asignar los consabidos recur-

sos para la conmemoración. Se les dio mayor realce a los centenarios de sus amigos, el caricaturista Ricardo Rendón (1994) y el poeta León de Greiff (1995), lo cual indica que sobre la memoria del cronista aún no cae el pesado manto de la consagración oficial.

En cierto sentido el país que fustigó sigue siendo muy similar: en el contexto artístico y periodístico la incidencia de la juventud es francamente discreta, y si a los veinticuatro años Tejada era proclamado como “Príncipe de los cronistas colombianos” y se afianzaba como uno de los editorialistas más leídos e influyentes de la época, hoy debemos constatar que en ninguno de los grandes periódicos figuran columnistas de opinión menores de treinta; los mayores tienen la sartén por el mango y los jóvenes continúan en lo suyo, pasando desapercibidos.

En general, nuestro medio editorial da la sensación de pasar por un período próspero y boyante, en los supermercados las nuevas publicaciones comparten estantería con la prensa tradicional y las revistas de farándula, y los intelectuales de moda se mantienen muy ocupados participando en seminarios, lanzamientos, cocteles, coloquios y reuniones de la sociedad civil. Ante panorama tan profuso y difícil de sopesar, en el que mucho brilla, pero se nos escapa, hace falta una corriente de señalamiento, provocación y difusión crítica como la que Tejada mismo alcanzó a ejercer. La subversión de la gramática con la que él soñaba sigue siendo una puerta abierta. Naturalmente, las combinaciones inéditas de palabras y los versos descoyuntados que solicitaba en sus artículos “no están catalogados en los textos ni estereotipados en el lenguaje tradicional”. Habría que extraerlos

–como lo señaló Rimbaud en su “Alquimia del verbo”– de los letreros, los grabados populares, los libros eróticos sin ortografía, las novelas de los abuelos, los libritos infantiles, las óperas viejas, los estribillos tontos, los ritmos ingenuos. Y también, remitiéndonos a nuestra época, del cine, los grafitis, los diarios adolescentes, la música popular, la ciencia ficción, la poesía ignorada y olvidada, el *spanGLISH* o los símbolos de internet.

Cerremos esta evocación del fugaz cronista y crítico de los años 20 recordando palabras de la carta de condolencia que su tía María Cano envió a la viuda, Julieta Gaviria, siete días después de fallecer Tejada en Girardot: “Se nos fue Luis. Se fue con todo nuestro amor, con nuestra alegría, con la luz de nuestra vida”.⁷

Referencias

- ¹ Abad Faciolince, H. (1997). Revista *Cromos*, abril 14.
- ^{2,3} Tejada, L. (1977). La gramática y la revolución y Rubén Darío, R.I.P. en *Gotas de tinta*, Instituto Colombiano de Cultura.
- ^{4,5} Loaiza Cano, G. (1993). Los Arquilókidas en *Revista Universidad de Antioquia*, 233, julio-septiembre, Universidad de Antioquia.
- ⁶ Tejada, L. (1989). Elogio del espíritu de contradicción en *Mesa de redacción*, Editorial Universidad de Antioquia – Biblioteca Pública Piloto.
- ⁷ Loaiza Cano, L. (1995). *Luis Tejada y la lucha por una nueva cultura*, Colcultura.

John Galán Casanova. Poeta, ensayista, traductor y profesor universitario. Es autor de libros de poesía y ensayo, de antologías y traducciones. Algunos de ellos son: *Árbol talado*, *LI poemas para Li*, *El inmortal* y *Luis Tejada. Vida breve, crítica crónica*. Este texto se publicó en el *Magazín Dominical* de *El Espectador*, el 4 de octubre de 1998.